

Os anuncio una alegría inmensa: os ha nacido un Salvador

Vigilia de Navidad
24 de diciembre de 1978

Isaías 9, 1-6
Tito 2, 11-14
Lucas 2, 1-14

Hermanos sacerdotes, queridos hermanos cristianos:

Es el honor más grande de la Iglesia continuar gritando al mundo, todos los años, la voz que se escuchó por primera vez allá, en Belén, pronunciada por unos ángeles: “Os anuncio una alegría inmensa: os ha nacido un Salvador”. No tiene otra razón de ser la Iglesia en el mundo que seguir anunciando esa gran noticia, esa buena nueva, que se traduce “Evangelio”. Evangelizar quiere decir anunciar al mundo esta noticia de salvación. Por eso, en la noche de Navidad, ver un templo como el que tenemos aquí, en la catedral, lleno de corazones fieles seguidores de Jesucristo para honrar ese nacimiento santo, es llenar de alegría el corazón de la Iglesia y es darle oportunidad para que cumpla su misión.

Junto con ustedes, pues, queridos hermanos, yo necesito también recoger esta noche la buena noticia, tengo que anunciarla como pastor; pero, como pastor, también ser uno de aquellos pastorcitos de Belén y recoger, de los ángeles —ojalá con la misma sencillez y humildad de aquellos pastores, ustedes y yo—, la noticia que commueve los corazones. Cuanto más sencillos y humildes, cuanto más pobres y despojados de sí, cuanto más llenos de angustias y de problemas, cuanto más insolubles

Lc 2, 10-11

Lc 2, 11 parecen los caminos de la vida, mirar hacia las alturas y oír la gran
Lc 2, 14 noticia: “Os ha nacido un Salvador”; y oír que, haciéndole coro a
esa gran noticia, se canta por todo el universo: “Gloria a Dios en
los cielos y en la tierra paz a los hombres que Dios ama”.

Lc 2, 19

Tanto nos ama Dios que nos ha dejado a su propio Hijo para redimir el mundo. Y en las tres lecturas de hoy —Isaías, San Pablo y el Evangelio—, encontramos los elementos riquísimos de un mensaje navideño que debemos de guardar con el fervor con que la misma Virgen María guardaba —nos dice la Biblia— en su corazón todo lo que le contaron los pastores que habían oído y visto; y lo reflexionaba en su corazón, porque ella, aun siendo la madre predilecta de Cristo, era, sin embargo, una cristiana que sabía recoger en su alma el gran mensaje de esta noche. Ella también lo necesitaba. ¿Quién no necesita a Cristo? Y si María era santísima, precisamente, todos los privilegios de su santidad, toda su profunda santidad y su cercanía de Dios, la debía a ese Cristo que viene para salvarnos.

En medio de la noche, ha brillado una gran luz

Se nos presenta, en el profeta Isaías, como una luz que ilumina la noche. El origen de la Navidad es el 25 de diciembre, el equinoccio de invierno. Esta es la noche más larga del año; y, a la mitad de la noche, los antiguos romanos sentían como que el sol comenzaba a nacer y, de aquí, las noches se van abreviando hasta llegar el equinoccio de verano, cuando la noche más corta marca como el triunfo del sol sobre las tinieblas. La Iglesia, el cristianismo, recogió esa fiesta pagana del sol; lo llamaban la fiesta del “sol invicto”, del sol que no se deja vencer por las tinieblas; y, aun cuando la noche más cerrada y más larga parecía oprimirlo, era, precisamente, el comienzo de su carrera de victoria. Entonces, la Iglesia, para bautizar esta fiesta pagana, puso el 25 de diciembre la fiesta de Navidad y, cambiando como objeto de la adoración no el sol que tendrá fin, sino el eterno sol de justicia, Cristo, nuestro Señor, anuncia en esta noche con el profeta Isaías: “En medio de la noche, ha brillado una gran luz”.

Hermanos, ¿no es este un bello mensaje para los corazones? ¿Quien no ha sentido alguna vez como que la vida se torna una noche cerrada, las dudas de la fe, las incertidumbres de la vida, el no saber de dónde se viene y hacia dónde se va? ¡Cuántas tinieblas

Is 9, 1

hay en el corazón del hombre y de la sociedad y de los pueblos! Cuando más confusa parece la vida y la historia, más necesitamos el brillo de este sol. Y hoy, cuando es la noche más larga del año, qué consolador es pensar que a esta noche, precisamente, la más cerrada y la más larga, pertenece la luz de la Navidad, que convierte la noche en día, y “el pueblo que andaba en tinieblas —dice Isaías— vio una gran luz” y caminamos al esplendor de esa luz.

Is 9, 1

Es una invitación a la fe. Es esta noche de Navidad una noche en que se les dice a todos los corazones: “Creamos en Cristo”. Él ha dicho: “Yo soy la luz y el que me sigue no anda en tinieblas”. Yo auguro para todos ustedes, queridos hermanos, y para mí también, que jamás se nos vaya a convertir la vida en noche de tinieblas, sino que siempre la ilumine la luz serena de la Navidad, la alegría de la gran noticia. Contamos, en los pasos de la vida, con una luz, con un Redentor.

Jn 8, 12

Ha aparecido la benignidad de nuestro Dios

Luego, en la segunda lectura, San Pablo lo presenta bajo otro aspecto, el nacimiento de Cristo: “Ha aparecido la benignidad, la misericordia de nuestro Dios”; y nos invita a aprovechar esta venida de Dios para corresponderle con una vida honesta, con una vida sobria, para prepararnos a la segunda venida. Y le hemos cantado hoy, en la oración preciosa de la Navidad: “Señor, ya que todos los años permites que nos alegremos celebrando la venida de Cristo como redentor, haz que nos preparemos para que, cuando venga como juez, le podamos salir también con la conciencia tranquila”.

Tt 2, 11

Hermanos, esta venida de Cristo en la noche de Navidad es una venida humilde; humilde hasta el punto que la teología la llama la *kénosis*, es decir, “la humillación”, es decir, el desaparecimiento. Es cuando San Pablo nos dice que Cristo, teniendo dignidad de Dios, no hizo caso de esa dignidad, sino que se humilló hasta nacer como un hombre y, después, llevar esa vida humilde y pobre, hasta la humillación más espantosa de ser un ajusticiado con la sentencia de muerte más humillante que conoce la historia, un crucificado. Para esto nace Cristo, para su *kénosis*, para su humillación. Por eso, todo es humillación en la vida de Cristo. No hay lugar para ellos en la posada, nos acaba de decir el Evangelio. Ni siquiera un mesón, ni siquiera un cuartucho hubo para el nacimiento del más grande de

Fp 2, 68

Lc 2, 7

los nacidos; y tuvo que refugiarse en una gruta de animales, en un pesebre, donde San José, sacudiendo las basuras y la suciedad, debió de poner, para María que iba a dar a luz, lo más digno que pudo darle aquella pobreza. Así nace el Redentor: en la humillación, en la pobreza.

Es necesario comprender que Cristo nace para redimir al mundo y que la redención del mundo no se puede operar más que por el camino inverso de donde los hombres han ofendido a Dios. Lo hemos ofendido por el orgullo, por la vanidad, por la riqueza egoísta, por el poder, por todo eso que se llama el pecado y que es desobediencia a Dios. Por eso, la redención tiene que ser un retorno por los caminos de la humildad, de la obediencia, de la austerioridad, de la abnegación. Por esos caminos es por donde aparece la benignidad y la misericordia de un Dios que nos perdona. Nadie teme del perdón del Señor, con tal de que emprenda su retorno por estos caminos por donde Cristo nos enseña por dónde se encuentra la redención. Esta noche de Navidad es una invitación al corazón sencillo, a la vida humilde. Es la invitación de Pablo, en la lectura de hoy, a una vida sobria, a una vida de sacrificio.

Queridos hermanos, apareció la benignidad de nuestro Señor Jesucristo y en esa benignidad viene toda la gracia de la redención, viene toda la riqueza de la vida de Dios. Por eso, se llama el momento en que Cristo se encarna en las entrañas de una virgen y nace de María “la plenitud de los tiempos”. Plenitud de los tiempos quiere decir: en ese niño se cumplen todas las promesas de Dios. Plenitud de los tiempos quiere decir: en ese niño que nace de la Virgen, está el tesoro de redención que todos necesitamos; en Él viene la gloria, la esperanza, la alegría de los hombres. Abrámosle, pues, a nuestro Señor Jesucristo, aunque aparezca como un niño pobrecito, aun cuando su muerte es en la humillación de una cruz, aun cuando sus caminos son los que les decía a aquellos que lo quería seguir: “Miren, las aves del cielo tienen nidos, las raposas tienen guaridas, tienen cuevas, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. El que me quiera seguir así, niégrese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

Por eso, la Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzaremos nunca de decir “la Iglesia de los pobres”, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención; no porque sea malo el dinero, sino porque el dinero muchas veces

Tt 2, 12

Mt 8, 20

Mt 16, 24

convierte en esclavos a los hombres que idolatran las cosas de la tierra y se olvidan de Dios. Pero cuando se tiene la capacidad de ser superior a las cosas que hacen felices a los hombres, según los principios del mundo, y se tiene el desprendimiento y la valentía de hacer consistir la felicidad y el camino en el camino de las bienventuranzas —bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia—, es entonces cuando comprendemos que ha venido la redención y la redención solo caminará por esos caminos que los hombres no quieren recorrer. Aceptemos en esta noche el mensaje de la misericordia y de la benignidad del Señor para que, cuando venga en la segunda venida como juez —entonces, sí, no será una venida de humillación, será una venida de justicia, a reivindicar el honor de Dios frente a todos aquellos que lo despreciaron y para acoger a todos los benditos del Padre que lo siguieron—, para que entonces, hermanos, sepamos sentir también la alegría navideña, como la estamos sintiendo en esta noche.

En esta noche, yo creo que la alegría de Navidad, sobre todo aquí, en El Salvador, es una alegría serena, una alegría de esperanza cristiana. Yo he oído a muchas voces este día para decirme: “¡Qué triste se siente la Navidad! ¡Como que no es Navidad!”. Y es que no hay esos aparatos externos. Hay angustia, hay incertidumbre, hay muchos que están sufriendo, hay muchos hogares donde faltan seres queridos, hay tristeza en la Navidad de 1978 en El Salvador. Pero el que es cristiano sabe que hay una alegría de fondo, una alegría de esperanza y de fe, una alegría de austерidad y de que la misericordia de Dios no se arrepiente de haberse entregado y que la encontramos. A esa alegría serena yo invito que vivamos todos la Navidad. Gracias a Dios que no exista una Navidad de tantas apariencias comerciales y de alegrías que son fugaces, como la pólvora que se quema y no deja más que basura. Alegría de profundidad es la que yo quisiera para todos los que estamos haciendo esta reflexión. Alegría en medio de la tristeza, del terror, de la angustia de nuestra historia; sin embargo, en el fondo hay una esperanza: “Has venido, Señor, y te encontramos. Nuestra fe confía en ti y sabemos que vienes a salvarnos y que cuanto más negra se pone la noche y más cerrados los horizontes, tú serás más redentor”. Esta noche es de oración. Es una noche en que, junto al altar de Jesús, que nace y viene a salvarnos, nosotros ponemos toda nuestra ora-

Lc 6, 20-23
Mt 5, 6

Jn 14, 27

ción y nuestra confianza con la alegría serena que solo da la verdadera esperanza que Cristo decía: “Os doy mi paz, no como la da el mundo, sino la paz que es el fruto de esa sincera conversión que espera todo en Dios”.

Para nosotros ha nacido el Señor

Queridos hermanos, y por último, el Evangelio que nos cuenta cómo Cristo nace en la historia. En unas circunstancias concretas, en que se mencionan emperadores de Roma, gobernadores de Palestina, gente concreta en la historia, para decirnos: así nace Cristo, en la historia concreta de los hombres. Ya no son los tiempos de hace veinte siglos, que describió San Lucas en la página que se ha leído hoy; pero si hoy, en 1978, se escribiera el nacimiento de Cristo, la celebración de la Navidad de hoy, se mencionarían otros nombres, serían los nuestros. Para nosotros ha nacido el Señor. No es un nacimiento, que nosotros estamos aquí recordando, de otros tiempos, como si José, María, los pastores, los magos, aquellos que vivieron y ya murieron, solamente dejaran para nosotros un recuerdo. No, la liturgia, la celebración de la Iglesia tiene el privilegio de hacer presente el misterio que celebramos. Hoy es Navidad aquí, en catedral. Hoy nace Cristo aquí para nosotros. Nos lo ha dicho el profeta Isaías: “Un niño nos ha nacido a nosotros, un niño se nos ha dado”. Es para nosotros.

Sintámoslo así de veras, porque yo sé que cada uno de ustedes, así como yo, sentimos la necesidad de abrazarlo como propio, como mío, a ese Jesús que nace para todos y que, dándose a todos, se da enteramente a mí en particular; de tal manera que cada uno de nosotros puede decir ese posesivo de San Pablo: “Me amó y se entregó por mí”. Sintámoslo así al Señor: “El redentor de mi familia, el compañero de mi vida, el confidente de mis angustias; mi redentor, que es redentor de todos al mismo tiempo”.

Celebremos, pues, así la eucaristía de Navidad, con esta profundidad de fe y de esperanza. No importa la noche más larga del año, que está comenzando, sino que lo que importa es la luz de la fe que ilumina el corazón y que, en medio de las tristezas y angustias del momento presente, hay una esperanza que nos hace confiar plenamente en el niño que ha nacido para nosotros. Así sea.